

"SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN": ALGUNAS APROXIMACIONES CRÍTICAS

Claudia Nora Laudano

*UNLP. FaHCE. Depto. Bibliotecología
claudia@netverk.com.ar*

El trabajo analiza algunas nociones que se han tornado sentido común en los últimos tiempos y que, incluso, constituyen el núcleo significativo de la mesa de debate en la que se inscribe esta presentación. Para ello, se toman aspectos centrales de la teoría de Manuel Castells referida a la sociedad red, que incluye la noción de sociedad informacional, y los confronta con los de Armand Mattelart. En ambos se puede leer no sólo sus planteos respecto del tipo de sociedad que propugnan, sino dónde se sitúa el poder y quiénes lo detentan/practican, cómo se entiende el contexto actual y el escenario futuro así como el lugar de los sujetos en estos procesos de transformación.

Acerca de la sociedad red de Manuel Castells y el lugar de lo informacional

Tras una década de elaboración, Manuel Castells publicaba en 1996 en inglés su obra más comentada: "La Era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura" y específicamente designó al Volumen I "El ascenso de la sociedad red". Un año más tarde, con la traducción al castellano sólo sobrevivieron las tres últimas palabras como título: la sociedad red.

En el prólogo, al mapear el contexto que a su entender estamos transitando sostiene: "Una revolución tecnológica, centrada en torno a las tecnologías de la información, está modificando la base material de la sociedad a un ritmo acelerado" (1997, p. 27). Dicho proceso se configura en el marco de transformaciones "espectaculares" en los planos económicos, sociales y de los Estados; un capitalismo que perdura –tras la caída esplendorosa de las experiencias comunistas del último siglo– como la única versión posible de existencia, aún con un reacondicionamiento general; movimientos sociales debilitados (como el sindical) y fortalecidos (el de las mujeres); relaciones de trabajo caracterizadas por la individualización y la diversificación crecientes; Estados que pugnan por desmantelar conquistas históricas para los países del norte (las experiencias de los Estados de Bienestar) y una marcada brecha de desigualdad entre Norte-Sur. Para dar cuenta de los alcances sociales (negativos) de la globalización, propone el accionar de las organizaciones mafiosas en el tráfico de mercancías varias (incluidos los seres humanos, en condiciones de objetos de deseo); así como el ejemplo

del nuevo sistema de comunicación a modo de compensación. En este panorama, resulta llamativa la siguiente afirmación: “Las redes informáticas interactivas crecen de modo exponencial, creando nuevas formas y canales de comunicación, y dando forma a la vida a la vez que ésta les da forma a ellas” (1997, p. 28).

Producto de los cambios notorios que desestructuraron las organizaciones, deslegitimaron las instituciones e hicieron desaparecer los principales movimientos sociales, generando sólo expresiones culturales efímeras; *la identidad* se está convirtiendo en la principal, y a veces hasta única, fuente de significado. En tal sentido, destaca que “nuestras sociedades se estructuran cada vez más en torno a una posición bipolar entre la red y el yo” (1997, p. 29). Sin embargo, cabe aclarar que el uso que hace el autor de la noción de “identidad”, remite a la dimensión personal, individual; mientras que los movimientos sociales –que él también considera- constituyen instancias de configuración de identidades colectivas.

Ahora bien, Castells propone una distinción analítica entre las nociones de “sociedad de la información” y “sociedad informacional” (1997, p. 47, nota 33). La primera aludiría al papel destacado de la información en la sociedad; pero el autor considera que ella ha sido una cuestión fundamental en toda sociedad, con las especificidades correspondientes. Según esta consideración, podríamos plantear entonces que en tanto regularidad no es una marca distintiva de la época actual. Mientras que “informacional” indicaría el atributo de una forma específica de organización social en la que *la generación, el procesamiento y la transmisión de la información* se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en este período histórico.

Asimismo, añade que uno de los rasgos clave de la sociedad informacional es la lógica de la interconexión de su estructura básica, que explica el concepto “sociedad red”; si bien ésta no agota la sociedad informacional, entre cuyos otros componentes se localizan los movimientos sociales y el Estado.

Siguiendo a Brooks y Bell, su definición de tecnología, en tanto, “el uso del conocimiento científico para especificar modos de hacer cosas de una manera *reproducible*” (1997, p. 56), resulta un poco elástica. Entre las tecnologías de la información incluye el *conjunto convergente* de tecnologías de la microelectrónica, la informática (máquinas y software), las telecomunicaciones/ televisión/radio y la optoelectrónica; a la vez que de manera singular considera la ingeniería genética y su conjunto de desarrollos y aplicaciones en expansión. De aquí que el autor planteara que las tecnologías estaban “dando forma a la vida a la vez que ésta les da forma a ellas”.

Al definir la expansión del proceso de transformación tecnológico como

exponencial, siguiendo a Negroponte, sostiene que vivimos en un mundo que se ha vuelto digital. Más aún, vivimos *un cambio revolucionario* similar al de la revolución industrial, en la medida que induce rupturas en la base material de la economía, la sociedad y la cultura. Constituyen transformaciones que permean todas las dimensiones de la actividad humana pero “no como una fuente exógena de impacto, sino como el palo con el que está tejida esa actividad” (1997, p. 57). Lo distintivo respecto de otras revoluciones es que el *núcleo* de la transformación que estamos viviendo refiere a las tecnologías del procesamiento de la información y la comunicación. En tal sentido, sostiene que las tecnologías de la información son a esta revolución lo que las nuevas fuentes de energía fueron a las sucesivas revoluciones industriales, por ser ellas el elemento clave de dicho proceso de transformación.

Así, lo que caracterizaría a la revolución tecnológica actual “no es el carácter central del conocimiento y la información, sino la aplicación de ese conocimiento e información a aparatos de generación de conocimiento y procesamiento de la información/comunicación, en un círculo de retroalimentación acumulativo entre la innovación y los usos” (1997, p 58).

Se observa un optimismo elevado cuando sostiene que en un tercer momento, “los usuarios aprendieron tecnología *creándola* y acabaron reconfigurando las redes y encontrando nuevas aplicaciones. El círculo de retroalimentación entre la introducción de nueva tecnología, su utilización y su desarrollo en nuevos campos se hizo mucho más rápido en el nuevo paradigma tecnológico. Como resultado, la difusión de la tecnología amplifica infinitamente su poder al apropiársela y redefinirla sus usuarios” (1997, p. 58). Más aún, añade que los usuarios y los creadores pueden convertirse en los mismos.

El autor equipara esta capacidad de producir y distribuir bienes y servicios, con lo que desde la teoría marxista ha dado en llamarse “fuerzas productivas”; concepto bastante complejo, por cierto, que queda minimizado en esta instancia. A su vez, no escatima escritura al indicar que “por primera vez en la historia, la mente humana es una fuerza productiva directa, no sólo un elemento decisivo del sistema de producción”. En una línea de continuidad con los planteos del controvertido Marshall McLuhan, quien definiera los medios como extensiones del hombre, sostiene que “las computadoras, los sistemas de comunicación y la decodificación y programación genética son todos amplificadores y prolongaciones de la mente humana” (1997, p. 58). Asimismo, acepta la idea de que se está borrando la discontinuidad entre humanos y máquinas.

Tras una adaptación de la noción kuhniana de paradigma, el autor propone una serie de características que definirían el *paradigma tecnológico*: son tecnologías para

actuar sobre la información; los efectos de estas nuevas tecnologías moldean toda la vida humana; se basa en una lógica de interconexión y en la flexibilidad y, por último, las tecnologías específicas tienden a una convergencia creciente en un sistema altamente integrado. Dicho paradigma “no evoluciona hacia su cierre como sistema, sino hacia su apertura como una red multifacética. Es poderoso e imponente en su materialidad, pero adaptable y abierto en su desarrollo histórico. Sus cualidades decisivas son su carácter integrador, la complejidad y la interconexión.” (1997, p. 92).

Alude a la exageración profética y a la manipulación ideológica, como posiciones maniqueas respecto de los desarrollos tecnológicos, que no permiten valorar en su justa medida “el verdadero significado fundamental” (p. 56), en tanto acontecimiento histórico al menos tan importante como la revolución industrial. Aún cuando no sienta posición explícita respecto de las opciones dicotómicas de crítica o celebración, admite que “la tecnología no es buena ni mala, ni tampoco neutral” y promueve investigar, más que declarar anticipadamente, cómo dicha fuerza penetra en el núcleo de la vida y la mente.

Por último, resulta significativa su definición de *red*, en tanto constituye uno de los pilares de su formulación teórica. Entiende por tal, “un conjunto de nodos interconectados” (1997, p. 506). Asimismo, las caracteriza como “estructuras abiertas, capaces de expandirse sin límites, integrando nuevos nodos mientras puedan comunicarse entre sí, es decir mientras compartan los mismos códigos de comunicación” (1997, p. 507). Dichas características le otorgan dinamismo a la estructura social que se base en ellas, susceptible de innovarse sin amenazar su equilibrio (donde se observa el concepto de homeostasis, propio de la concepción sistémica). A partir de la morfología de redes, el autor vaticina una reconfiguración en las relaciones de poder.

Más atrevida aún resulta su afirmación respecto del estadio en que nos encontramos, en el que la cultura hace referencia directa a la cultura, habiendo superado las etapas previas de dominación de la naturaleza sobre la cultura y la posterior de dominio de la cultura sobre la naturaleza. “Hemos entrado en un modelo puramente cultural de interacción y organización sociales”, sentencia; donde la información es el ingrediente clave de nuestra organización social, y los flujos de mensajes e imágenes de unas redes a otras constituyen la figura básica de nuestra estructura social.

“Es el comienzo de una nueva existencia y, en efecto, de una nueva era, la de la información, marcada por la autonomía de la cultura frente a las bases materiales de nuestra existencia”, profetiza. Algunos interrogantes al respecto: ¿Quiere decir el autor que la cultura deja de tener base material? ¿Cómo pensar dicha autonomía de la cultura? ¿Desde qué perspectiva teórica?

Mattelart: Una perspectiva crítica ante “la sociedad de la información”

Reconocido en el campo comunicacional y de las ciencias sociales por su posición definida ante los procesos tecnológicos como continuador de una de las vertientes críticas, Armand Mattelart publicó en el 2001 en francés “Historia de la sociedad de la información”. Un texto que en muchos sentidos puede leerse en una línea de continuidad con sus planteos anteriores basados en la noción de *racionalidad instrumental* junto al *uso geopolítico de la tecnología*. La actualidad de los debates y su marcada mirada cuestionadora (ante un escenario que en general abraza con cariño *el avance tecnológico*), seguramente influyeron en la acelerada traducción al castellano, en el 2002.

Para el autor, el difundido uso de los neologismos “sociedad de la información” y “era de la información” constituyen un *gran relato*; afirmación paradójica en tiempos que se supone no sobreviven las grandes narrativas ni son momentos fértiles para nuevas. Sostiene que el ascenso irresistible de ambas nociones “se ha convertido en parte inseparable de la fulgurante trayectoria del vocabulario de la ‘era global’”. Rodeadas de charlatanería promocional, proclamas oficiales, manifiestos en la onda y estudios científicos o semicientíficos, estas nociones están acompañadas de toda una heteróclita logística de discursos apologéticos que pretende conferirles carácter de evidencia” (2002, p. 11). Así, la noción de sociedad global de la información es el resultado de una construcción geopolítica, que queda opacada por la “efervescencia de la ininterrumpida expansión de las innovaciones técnicas”.

No sólo coloca en discusión las características anunciadas de una sociedad más solidaria, más abierta y más democrática; sino que cuestiona a la vez cómo el referente del devenir tecnoinformacional se ha instalado en las distintas sociedades al margen de las polémicas y debates ciudadanos. En tal sentido, sostiene que se ha naturalizado una nueva ideología, que se impulsa como paradigma preponderante del cambio; mientras que desde su perspectiva, íntimamente ligada con la tesis del fin de las ideologías, la ideología de la sociedad de la información es ni más ni menos que la del mercado.

Según su recorrido genealógico, los planteos respecto de la sociedad de la información pueden rastrearse desde larga data pero ciertos momentos de mediados del siglo pasado constituyen hitos fundamentales, por ejemplo, la Guerra Fría, donde desde lo militar, pero con acompañamiento académico, de políticas públicas y económicas se construyen a la vez representaciones imaginarias respecto de la nueva “era de la información” tanto como de la “revolución de la información”, con la posterior tecnología de internet erigida al podio de la red de redes y de instancia de sumo acceso público.

Respecto del panorama actual y del posible escenario futuro, Mattelart entiende que el paradigma tecnoinformacional se ha convertido en el pivote de un proyecto geopolítico cuya función es la de garantizar el reordenamiento geoeconómico del planeta en torno a los valores de la democracia de mercado y en un mundo unipolar. En su perspectiva, la revolución tecnológica es sólo parte de un discurso tecnoutópico, podría decirse; mientras que las relaciones de poder no están situadas en la red (ni en la red de redes) sino que siguen localizadas en un macronivel, a instancias de relaciones internacionales, con miras al dominio planetario, con los EE. UU. con pretensión hegemónica. Se observa cierta preocupación en su formulación por la ausencia de debate académico al respecto y por la falta de respuestas o reacciones a nivel de la sociedad civil, especialmente en comparación con décadas pasadas, donde se tematizaba y debatía sobre estas cuestiones, al menos en determinados sectores de la sociedad.

Para salir de lo que califica como “neodarwinismo informacional”, Mattelart propone reapropiarse de las nuevas tecnologías construyendo una alternativa a la sociedad de la información. Dado que cada vez más espacios y dimensiones de la vida cotidiana e institucional son penetrados por las tecnologías de la información y, por consiguiente, que cada vez más serán los sectores que ser verán obligados a pensar en ello, para sumarse o para plantear otra perspectiva. Molesto ante el mote frecuente de tecnófobo, como rótulo estigmatizante hacia quien pone en cuestión el discurso tecnoutópico, el autor formula la (que considera la) pregunta esencial, con la que cierra su trabajo: ¿Cabe oponer proyectos sociales y otras formas de apropiación de estas tecnologías que penetran la sociedad frente a un proyecto que se parece cada vez más a un determinismo tecnomercantil?

Quedan abiertas las posibilidades.

Bibliografía

Castells, Manuel. *La sociedad red*, Alianza, Madrid, 1997.

Mattelart, Armand. *Historia de la sociedad de la información*, Paidós, Buenos Aires, 2002.